

Homilía Inauguración año académico
Cardenal Fernando Chomali
Marzo 2026. Universidad Católica, Casa Central

Hermanas y hermanos:

El libro de la Sabiduría nos ofrece palabras de una gran belleza y una gran actualidad. Nos dice cosas muy profundas que valen para el día de hoy. Nos dice que la sabiduría es un don de Dios.

La educación auténticamente católica es aquella que reconoce la racionalidad científica, ética y estética, pero que también reconoce, sin lugar a dudas, que la sabiduría y las preguntas fundamentales de la vida del hombre y su misterio provienen de Dios. Por eso, academia y oración no solamente van unidas, sino que se necesitan para que la universidad brille en su catolicidad.

Es tan potente para el autor sagrado la sabiduría que la prefirió a cetros y tronos. Hoy día sería referible al poder y al prestigio: “No le equiparé la piedra más preciosa, porque todo el oro de ella es un poco de arena” (Sabiduría 7, 7-11). ¿Cuánta falta nos hace a cada uno de nosotros mayor sabiduría para poder comprender el gran misterio de la vida, la historia del conocimiento? Cuánta sabiduría necesitamos para comprender el gran misterio de la historia humana, que nosotros creemos firmemente, es la historia de Dios.

Por lo tanto, es bien importante volver a situarnos en que la excelencia académica no se mide solo por ranking o resultados, sino que por la capacidad de buscar la verdad con sentido humano y trascendente. Eso, hoy día, es tremendamente provocativo en una sociedad extremadamente competitiva. Por eso, yo los animo a que tengamos siempre presente la oración como el centro de la vía espiritual y académica de la universidad. No sin razón, decía un teólogo que quien no reza no tiene nada que decirle al mundo, y nosotros tendremos que decirle algo al mundo relevante en la medida que tengamos clara conciencia de este vínculo profundo que existe entre Dios y nosotros, porque solamente invocándolo a Él tendremos la sabiduría que de Él procede. Y después el autor va mucho más lejos y dice que Dios me conceda hablar con conocimiento y tener pensamientos dignos de sus dones. También el Señor, a través del Espíritu, moldea nuestra inteligencia, moldea nuestro corazón, moldea nuestra manera de ser. Nos hace tener pensamientos dignos de sus dones, porque Él es el mentor de la sabiduría y el aladí de los sabios. Este texto, escrito hace miles de años, hoy resulta más pertinente que nunca. Y después nos dice, en un contexto de tanta soberbia, en la que caemos todos, yo también, por cierto, nos dice, en sus manos estamos nosotros.

¿Quién le puede añadir un día a nuestra vida? ¿Cuántas veces nos ha pasado que nos llaman por teléfono para decirle que una persona, que ayer estaba bien, está

gravemente enferma? ¿Quién puede añadirle un día a nuestra vida? En sus manos estamos nosotros y nuestras palabras. Toda prudencia y toda inteligencia práctica. Por eso, mientras más cerca estemos de Dios, mientras más invoquemos al Espíritu Santo, sin lugar a duda vamos a estar con un mayor nivel de excelencia.

Y después, el texto bíblico, es de una preciosura que conmueve, porque nos dice a los cristianos, a los apóstoles, que somos la sal de la tierra. Jesús no pide a sus discípulos que se distingan por imponerse, sino por dar sabor. Y la sal actúa desde dentro, en lo pequeño y en lo cotidiano. Así, también la identidad de la Universidad Católica no puede convertirse en un eslogan, sino en una manera concreta de ser, de enseñar, de investigar, de administrar y estudiar, y sobre todo una manera de tratarse mutuamente. La identidad de la Universidad se expresa en cómo se evalúa, cómo se acompaña, cómo se trabaja en equipo, cómo se trata a las personas, y eso es imposible si no tenemos clara conciencia que somos sal de la tierra y que somos luz del mundo.

Y después hay un aspecto muy importante de reflexionar a propósito de lo que significa ser luz. Hoy día prácticamente todos caemos en la tentación de hacernos propaganda, de hacernos publicidad. Ese no es el camino del Señor. El camino del Señor es muy distinto. “Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre que está en el cielo” (Mt. 5, 16). Es decir, la luz es reconocida por otros. Muchas veces caemos en la tentación de autoreconocernos, de sacarnos fotos y mandarlas a los demás, cuando tienen que ser los otros quienes reconozcan nuestra luz. Una luz que no se esconde, y por eso la Universidad Católica está llamada a ser visible por el bien que genera, no por la autopromoción, sino que para que otros descubran caminos de esperanza. ¿Y dónde hay hoy especialmente caminos de desesperanza donde la Universidad puede iluminar? En primer lugar, la pobreza. En Chile hay personas que pasan hambre.

Ayer estuve celebrando los 15 años de una fundación preciosa, el Banco de Alimentos, y les puedo decir que en Chile hay personas que pasan hambre, tan simple como eso, con datos numéricos. ¿Cómo no hablar de eso? En Chile se discrimina gravemente a los migrantes en un contexto de mucha hipocresía. Según la Dirección del Trabajo están en cero falta, con contrato, pagan AFP, todo. Según migraciones, son ilegales. ¿Quién entiende eso? Es una hipocresía. La Universidad Católica debe brillar para sacar a luz esas deficiencias terribles que hay en la sociedad.

¿Para qué decir los temas de corrupción, los temas de crimen organizado, que están corroyendo la ciudad? Esa es la luz que no se esconde, la luz del discernimiento, la luz del estudio, la luz de la oración para que sea visible por el bien que genera. Y ello requiere preguntar sinceramente, por ejemplo, si las investigaciones están al servicio del desafío del país. En el caso de la docencia, si esta genera un espíritu crítico en los jóvenes y un gran compromiso social. Y si está a fuego la idea de que el

conocimiento grava una hipoteca social. Ese es el corazón de la doctrina social de la Iglesia en el siglo XXI, en el siglo del individualismo.

Sobre el conocimiento grava una hipoteca social, porque la transformación del país no es sólo estructural, sino que cultural, ética y sobre todo espiritual. Y ahí nosotros, sin lugar a duda, tenemos una gran responsabilidad. Pidámosle al Señor que nos regale sabiduría, la sabiduría que de Él procede, una sabiduría discreta pero real junto con los otros dones del Espíritu Santo: la prudencia, la templanza, la alegría, la sana alegría, y que seamos luces comunitarias y no individuales.

Por eso es muy hermoso el texto de la Sabiduría que dice en plural: “en sus manos estamos nosotros” (Sabiduría 7, 14-28), no estoy, estamos nosotros y nuestras palabras, al igual que toda prudencia y toda inteligencia práctica.

Los invito a que conformemos, como sal y luz del mundo, un “nosotros” y no un “yo”, porque lo propio de la universidad es lo comunitario, y que reconozcamos y agradezcamos todo el bien inmenso que sigue haciendo y que hace la universidad y que seguirá haciendo porque está guiada por el Espíritu Santo a los académicos que forman con vocación. De hecho, en estos días va a salir una carta a los profesores que está dirigida a los profesores de básica y media, pero también para ustedes, donde los animo a reconocer la academia como la gran vocación porque conduce a los jóvenes en la búsqueda de la verdad.

Es un tiempo de agradecer a los funcionarios que sostienen la vida institucional con un celo que impresiona y a los estudiantes, que nos renuevan la esperanza con sus anhelos, con sus búsquedas, con sus fragilidades, pero son nuestros estudiantes y nosotros estamos llamados a mostrarles lo mejor que tenemos, que es a Jesucristo nuestro Señor.

Dios quiera que este tiempo precioso que el Señor nos regala sea un tiempo de meditación. Se acerca además Semana Santa, que un tiempo precioso para distinguir lo que es urgente de lo que es realmente importante y para descubrir la dignidad de cada uno de nosotros, del Señor que dio la vida por cada uno de nosotros y para descubrir la riqueza que después de dos mil años, de múltiples maneras, la Iglesia Católica siga viva anunciando el Evangelio con realismo, pero sobre todo con mucha esperanza.

Al Señor le damos honor y gloria por los siglos de los siglos.